

23 febrero 2014

*CatalunyaCristiana

Inicio de la celebración del centenario de Josep Maria Hernández Garnica

Ferran Blasi
Barcelona

En la sala de actos de la Facultad de Comunicación Blanquerna, de la Universidad Ramón Llull, justo al lado de la iglesia de Santa María de Montalegre, donde se conservan los restos mortales del Siervo de Dios Josep Maria Hernández Garnica, se celebró recientemente la apertura del centenario de su nacimiento, que acontece el 17 de noviembre.

Se proyectó el reportaje *Pels camins d'Europa*, que reúne un perfil biográfico de Josep Maria, en el que se recogen testimonios de su fama de santidad. Entre ellos, unos fotogramas de la grabación de un diálogo entre san Josemaría Escrivá y las personas que lo escuchaban —serían unas cinco mil—, sobre temas de catequesis en la Escuela Deportiva Brafá, en Nou Barris, en 1972. Unas emotivas palabras que reflejan el afecto de san Josemaría por ese hijo suyo, entonces gravemente enfermo, a quien acababa de ver en una visita que sería ya la de la despedida hasta el Cielo.

Josep Maria Hernández Garnica había venido a Barcelona para someterse a unas sesiones de radioterapia en una clínica de la ciudad, pionera en este tratamiento, pero que en su caso no tuvieron los efectos que se deseaban.

Barcelona fue el lugar donde Josep Maria desarrolló su labor pastoral. Recibió la ordenación sacerdotal en 1944. Aquí había dirigido muchos retiros y cursos de retiro espiritual, como los que tuvieron lugar en una casa, ahora desaparecida, en Montcada i Reixac, que utilizaba la Asociación para la Orientación Católica y Profesional del Dependiente, y de la que era consiliario el Dr. Joaquim Masdexart. Es bueno recordar que el padre de Josep Maria había tenido una considerable relación con nuestra tierra; nacido en Valencia, había cursado los estudios de bachillerato en Barcelona y, obtenido el título de ingeniero de caminos, fue comandante de Marina en Tarragona.

El ejercicio del ministerio de Josep Maria Hernández Garnica en una ciudad cosmopolita como Barcelona, y abierta hacia Europa, le sirvió de entrenamiento para la labor que le encomendó el fundador del Opus Dei:



veló por el inicio de la institución en países como Francia, Suiza, Irlanda o Inglaterra. En todo momento cumplió los encargos del gobierno pastoral, especialmente en temas más directamente relacionados con las labores apostólicas de las mujeres.

La intervención central fue la conferencia del Dr. Carlos Martín de la Hoz, autor de varios libros sobre Josep Maria Hernández Garnica y postulador de su causa de beatificación. Habló sobre el tema *El valor de la fidelidad*, que fue seguida de un vivo coloquio. Una de las ideas de la conferencia se puede sintetizar en una frase: «Donde hay santos, surgen santos.»

Obviamente se puede relacionar el tema de la conferencia con el mensaje que san Josemaría difundió desde 1928 sobre la llamada universal a la santidad, que tuvo respuesta generosa en Josep Maria Hernández y también en Álvaro del Portillo y José Luis Múzquiz. Todos eran ingenieros —Álvaro y José Luis, de caminos, y Josep Maria, de minas— y doctores en distintas facultades universitarias. Más adelante, en 1944, recibieron la ordenación sacerdotal. Dentro de las funciones propias de los sacerdotes seculares, ofrecieron una atención especial a servir a toda clase de perso-

nas, precisamente para hacer realidad aquella vocación a la santidad en las más variadas situaciones de la vida y en diversidad de lugares.

Tres buenos amigos

Aquellos tres sacerdotes fueron una referencia para todas las levas de sacerdotes que vendrían después. En el caso de Álvaro del Portillo, colaboró estrechamente con el fundador del Opus Dei, trabajó en la expansión de la Obra en Roma y en toda Italia y ofreció sus servicios en varios organismos de la Curia romana y en el mismo Concilio Vaticano II. Por su lado, José Luis Múzquiz trabajó en los tiempos en que se ponía en marcha la labor de la Obra en Estados Unidos y en otros lugares, y también colaboró junto a san Josemaría.

Así se explica que haya habido una particular relación entre todos ellos y que hayan tenido ocasión de ayudarse. Pensemos en la preparación teológica, lograda con los excelentes profesores que propuso san Josemaría y que les permitieron superar brillantemente los exámenes en el Seminario de Madrid, con vistas a la ordenación en 1944. Después de la dispersión para la realización de las funciones que les fueron requeridas, hay que recordar

la emotiva celebración de las bodas de plata en 1969 en Roma y los detalles de afecto que san Josemaría tuvo con ellos. Al acto eucarístico, Josemaría Escrivá exhortó a los asistentes a pedir al Señor por todos los sacerdotes y a dar gracias a Dios por el sacerdocio dentro de la Obra.

El Dr. Martín de la Hoz glosó el contenido de algunas cartas entre estos tres sacerdotes, especialmente las cruzadas entre Álvaro del Portillo y Josep Maria, y las que habían de tener con ocasión de la grave enfermedad de este último. Y también los escritos que realizó Hernández Garnica cuando ya no podía hablar y que servían para facilitar la mediación de los demás, en los que a veces se refería a sus dos compañeros, como los detalles de fraternidad que había tenido Álvaro con él.

También intervino en el acto el párroco de Montalegre, Dr. Francesc Perarnau, que se refirió a los numerosos fieles que visitan la tumba de Josep Maria Hernández Garnica y que recurren a su intercesión, pidiéndole favores. Antonio Gil, un abogado aragonés que ha trabajado siempre en Barcelona y que había tratado con Josep Maria, presentó el acto. Gil es miembro de la comisión preparatoria del centenario.

Recordando a Joan Vidal, colaborador parroquial

Mn. Antonio Bordàs Belmonte
L'Ametlla de Mar

El 27 de noviembre de 2013 fue llamado a la Casa del Padre Joan Vidal Margalef. Era natural de Tivissa, pero cuando era pequeño sus padres se trasladaron a vivir a L'Ametlla de Mar. En su infancia fue monaguillo de Mn. Tomàs Balfegó Farnos. En la parroquia de la Purificación de María

le ayudaba en las misas, con la administración de los sacramentos, en las procesiones y le acompañaba cuando tenía que ir a L'Hospitalet, de donde Mn. Balfegó era sacerdote, después de la guerra del 1936.

Joan, ya casado, estuvo un tiempo en Barcelona, pero volvió a L'Ametlla. Trabajó como barbero, tuvo un negocio de surtido de gasolina y compaginaba su trabajo con la ayuda en la parroquia,

ya como sacristán, donde preparaba las misas dominicales y ayudaba en la fiesta de las fiestas.

Durante los tres últimos años, Joan ya no salía de casa. Iba a atenderlo, leíamos los evangelios y orábamos, y recibía la comunión. Murió a los 83 años y hacía aproximadamente un año que su esposa Candelaria había muerto. Hay que destacar la calidad de servicio a la comunidad de Joan Vidal Margalef.